

Hacia una contrahistoria del presente

Gabriel Rockhill

Definierbar ist nur das, was keine Geschichte hat.

Friedrich Nietzsche

Escuchamos permanentemente que vivimos en una era global definida por una red técnica y económica que se extiende constantemente reuniendo todos los rincones del mundo y que la democracia se impone como la condición necesaria para la vida política. El rápido avance tecnológico y el desarrollo económico parecen, para cierta gente, ir de la mano con el triunfo de la democracia, como si se dieran fuerza mutuamente. Algunos han llegado incluso a proclamar el fin de la historia intentando recuperar un cierto discurso marxista mediante una perversión de su sentido fundamental. No resulta necesario, sin embargo, ir tan lejos para quedar atrapado en el mismo imaginario histórico-político.¹ Independientemente de las orientaciones ideológicas, el sentido común histórico nos induce a concebir nuestra época como aquella en la que el mundo se ha convertido en una entidad verdaderamente global, las tecnologías han sido un certero punto de inflexión y en el que la democracia es la reina y soberana.

Sin embargo, esta imagen de una era global, tan avanzada como civilizada, está lejos de ser una obviedad. ¿Es legítimo hablar de globalización cuando una de cada seis personas en el mundo vive en villas miseria –que se encuentran habitualmente desconectadas de los modos nacionales e internacionales de gobiernos y de las redes de comunicación–, cuando la riqueza se concentra cada vez

¹ En lo que sigue, se utilizarán las expresiones *imaginario político*, *imaginario histórico* e *imaginario histórico-político* para referirse a un modo práctico de inteligibilidad de la política y la historia. Un imaginario, en este sentido, no es meramente fantasmagórico o un puro producto de la imaginación. Es irreductible a las concepciones clásicas de la ideología, sean representativas, funcionales o materiales. Un imaginario es simultáneamente teórico y práctico; es una forma de pensar que es también una forma de ser y actuar. Además, atraviesa las distintas dimensiones de la existencia social, incluidos los valores, las normas, los afectos y las representaciones. Es un *modus operandi* arraigado en los agentes sociales, que forma parte del tejido cultural intersticial y no se impone solo desde arriba o es puramente subjetivo. Esto no significa que funcione como un marco ineludible a la manera de la “infraideología” de Pierre Macherey, pero sí tiende a funcionar como un dato sociocultural inscripto en el sentido común práctico de las comunidades particulares (ver Macherey, 2014). Sin embargo, no está necesariamente limitado por los supuestos horizontes de sociedades o culturas específicas. Para un importante y reflexivo debate sobre la categoría del imaginario en la teoría social contemporánea, que se basa sobre todo en la obra de Cornelius Castoriadis, Claude Lefort, Paul Ricoeur y Charles Taylor, ver *Social Imaginaries* 1, n. 1 (2015).

más en las manos de una pequeñísima élite?² ¿Es verdad que vivimos en una era de avances tecnológicos, incluso cuando menos de la mitad de la población (43,4%) tiene acceso a internet?³ ¿Podemos hablar de consenso democrático cuando muchos Estados que se consideran a sí mismos democráticos han atentado contra políticas democráticas en todo el mundo? Consideremos el ejemplo de Estados Unidos, que ha intentado derrocar más de cincuenta gobiernos, los cuales habían sido democráticamente elegidos en su gran mayoría.⁴ Desde esta perspectiva, la imagen que nos han construido del presente resulta no solo dudosa, sino peligrosa. Más grave aún, la proximidad de esta con el imaginario político dominante recuerda la historiografía colonial en más de un sentido.

Esto no quiere decir, por supuesto, que este imaginario histórico y político sea absolutamente hegemónico y ubicuo, tampoco quiere insinuar que no haya fuerzas que lo resistan activamente. Por el contrario, se trata de un imaginario entre otros, aunque podríamos decir que ha luchado por imponerse como el único apuntando a capturar de forma definitiva y dar un marco a nuestra comprensión del mundo contemporáneo. Una constelación expansiva, transdisciplinaria e internacional de trabajos críticos ha remarcado, de diferentes formas y con variados puntos de vista, algunos de los principales problemas y distorsiones de esta visión. Un paso más allá, la práctica política, en un número significativo de escenarios, ha logrado desarrollar –con notable éxito en muchas instancias– prácticas alternativas de creación colectiva de mundos, tecnologías ecológicas rivales y modos de gobierno más respetables que aquellos que operan bajo el nombre de *democracia*.

Uno de los objetivos de este libro es contribuir a estos movimientos y a esta constelación de crítica radical cuyo fin último es reconfigurar el proceso contemporáneo de forjar colectivamente un cosmos. A través de una investigación que podríamos calificar como a destiempo, este libro aloja un desafío profundo y sistemático a esta visión extendida del presente. Para lograrlo, se focaliza en las imbricadas relaciones entre tres conceptos fundamentales: globalización, tecnología y democracia. Esto garantiza un ángulo preciso de análisis, precisamente porque

² Sobre los barrios marginales, ver el informe de las Naciones Unidas de 2003 *The Challenge of the Slums*, así como Mike Davis, "Planet of Slums", *New Left Review* 26 (marzo-abril de 2004). En cuanto a la distribución mundial de la riqueza, ver el reciente informe de Oxfam: "La brecha entre ricos y pobres está alcanzando nuevos extremos. El Crédit Suisse reveló recientemente que el 1% más rico ha acumulado ya más riqueza que el resto del mundo junto. [...] Mientras tanto, la riqueza que posee la mitad inferior de la humanidad ha disminuido en un billón de dólares en los últimos cinco años. Esta es solo la prueba más reciente de que hoy vivimos en un mundo con niveles de desigualdad que quizá no hayamos visto desde hace más de un siglo. [...] En 2015, solo 62 individuos tenían la misma riqueza que 3.600 millones de personas, la mitad más pobre de la humanidad" (Oxfam, "An Economy for the 1%", 19 de enero de 2016, consultado el 20 de enero de 2016).

³ ICT (International Telecommunication Union), "ICT Facts and Figures-The World in 2015": <https://www.itu.int/en/ITU-D/Statistics/Documents/facts/ICTFactsFigures2015.pdf> (consultado el 1 de enero de 2016).

⁴ Ver Blum, 2013.

estos tres forman un conjunto coherente.⁵ Vale aclarar que esta aproximación no quiere sugerir que ellos sean, por su propia cuenta, los valores predominantes dentro del imaginario histórico y político de nuestra coyuntura. Los conceptos de terrorismo, seguridad, comunidad internacional, productividad, austeridad –solo por citar algunos– son de igual importancia y requieren también un estudio detenido de su comportamiento. Fundamentalmente, lo que me interesa es la construcción, circulación y recepción de una cierta imagen del tiempo presente dentro de la cual los tres conceptos elegidos constituyen tan solo tres vías posibles de acceso.

El segundo objetivo de este libro es ofrecer herramientas teóricas de análisis que nos permitan aproximarnos al problema de la realidad contemporánea desde una perspectiva completamente diferente. La contrahistoria desarrollada aquí no implica la proposición de una historia alternativa a partir de los mismos fenómenos fundamentales o desde la misma lógica u orden históricos. Se trata, en verdad, de una intención de quebrar con el pensamiento epocal del imaginario histórico dominante a través de una demostración de cómo es imposible reducir la historia a su única dimensión cronológica cuando en verdad existe siempre una geografía del presente y cuando las experiencias variables de la “realidad contemporánea” dependen de los estratos sociales y los distintos puntos de vista. La visión más prevalente del imaginario histórico tiende a borrar u oscurecer estas diferencias imponiendo una imagen hegemónica del tiempo que resulte válida para la totalidad del mundo y que tiene consecuencias sumamente significativas en términos políticos, sociales, culturales, éticos, psicológicos y económicos.

Una contrahistoria pone en cuestión la idea de un único y singular presente que sea el mismo en todas partes y que podríamos definir con un solo concepto o conjunto uniforme de categorías definitivas.⁶ Por lo tanto, no propone una histo-

⁵ Esta coherencia es multidimensional, pero Lisa Gitelman ha resumido perfectamente un aspecto de ella en su crítica a la historia de la tecnología y, por extensión, a su relación entrelazada con una teodicea de la globalización y la democracia representativa: “Hoy en día, la imaginación de ese punto final [de la historia de los medios de comunicación] en los Estados Unidos sigue estando acríticamente repleta de confianza en la democracia liberal y se ha caracterizado de forma más singular por la alegre expectativa de que los medios digitales no solo están convergiendo todos hacia alguna combinación armoniosa o ‘sinergia’ global, sino también hacia alguna reconciliación perfecta del ‘hombre’ y la ‘máquina’”. (2006: 3).

⁶ Podría ser tentador citar como contraejemplo el calentamiento global u otros cambios que afectan al planeta Tierra en su conjunto. Se trata, en efecto, de una cuestión de máxima importancia que debe desempeñar un papel importante en la contrahistoria del presente (en particular, debido a todas las fuerzas que siguen empeñadas en ocultar los efectos devastadores del modelo económico dominante). Sin embargo, los impactos de tales cambios varían significativamente en función del lugar y de los estratos sociales y esta es precisamente una de las cuestiones políticas que están en juego en la lucha ecológica (brillantemente ilustrada por el gobierno de las Maldivas cuando celebró su reunión de gabinete bajo el agua). Además, siempre hay que tener en cuenta una cuestión de escala y no hay que olvidar, en términos absolutos, que esos cambios siguen siendo localizados (en el sentido amplio del término). Lejos de limitarse a este planeta y al marco antropocéntrico, el espacio se extiende, por lo que sabemos, hasta el infinito. Esto no debería cambiar nada respecto a la lucha ecológica, pero sigue siendo muy importante desde el punto de vista filosófico.

ría opuesta de la realidad contemporánea que requiere simplemente revertir una concepción convencional de nuestra coyuntura en aras de imponer una versión a la inversa. No moviliza la maquinaria dialéctica ni tampoco desarrolla una versión reduccionista basada en el antagonismo o la inversión. El argumento de este libro no apunta a que necesitamos sencillamente invertir nuestra concepción contemporánea del mundo para poder revelar una verdad, ni implica tampoco decir que todos los fenómenos que han sido impulsados por el imaginario dominante no existen en absoluto o son meras ilusiones. Al *contraponerse* a una determinada esquematización del mundo, se *contrapone* básicamente al orden histórico que la sostiene. Este doble movimiento de la contrahistoria no se limita, entonces, a poner en cuestión las afirmaciones históricas –aquello que se nos presenta como verdades incuestionables–, sino que apunta a modificar la propia lógica que las produce. Esto supone un trabajo diligente y dedicado sobre los modos en que se ha constituido la historia como una práctica que habitualmente se asienta sobre una concepción unidimensional del espacio y que privilegia una forma específica de la cronología (europea y antropocéntrica). La contrahistoria se contrapone a la historia, entonces, en el sentido preciso de que enarbola una lucha contra la propia historicidad del término, es decir, contra la constitución histórica de las verdades incuestionables que sustentan ciertos modos de hacer historia. En otras palabras, en lugar de simplemente proponer otra historia, la contrahistoria busca cambiar el sentido, y la dirección, de la historia y de su narrativa (*le sens même de l'histoire*), en todas las acepciones posibles de estos términos, para alterar entonces el campo de posibilidades.

La contrahistoria busca redireccionar la metodología histórica de tal forma que la historia se convierta en un fenómeno multidimensional. Esto quiere decir que su dimensión temporal sea enseñada en relación con sus otras dos dimensiones, la de geografía y la de estratigrafía social. En lugar de ser trabajada como una linealidad, un desarrollo cronológico, que se enfatizan las distribuciones geográficas y sociales de los fenómenos. Corriéndose, entonces, de proponer otro concepto superestructural –como el posmodernismo, la era digital, la era del imperialismo estadounidense– que pretenda enmarcar la naturaleza del presente, una contrahistoria comienza por deconstruir la misma noción de “presente” (que suele ser definido de manera etnocéntrica proyectando, de este modo, “nuestro presente” sobre el del resto del mundo). En este sentido, como veremos, una contrahistoria es también necesariamente una contrageografía y una contrasociología.

La noción de fase resulta particularmente importante en este proyecto. En contraposición con las ideas de época, era, o período histórico, una fase se distribuye siempre de manera singular en el tiempo, el espacio y la sociedad. Se desarrolla a través de metástasis históricas, es decir, de transformaciones de ritmo y carácter variable que se distribuyen singularmente en los distintos espacios y tiempos. Este es uno de los puntos de partida para delinear los principios básicos de una

lógica alternativa de la historia que sea capaz de esbozar, apoyándose en puntos sociohistóricos específicos, los lineamientos más amplios de una determinada coyuntura. Cuando hablamos de coyuntura no debemos creer que se trata de un espacio-tiempo homogéneo o de una época susceptible de ser enclaustrada dentro de un gran concepto contenedor, sea el de globalización, el del ascenso de las nuevas tecnologías o el del triunfo de la democracia. Una coyuntura es un punto específico de encuentro entre las tres dimensiones de la cronología, la geografía y la socialidad. Si una coyuntura puede ser mapeada, al menos hasta cierto punto, no es porque exista un determinado espíritu de la época por el cual la historia termina quedando sujeta ella misma al poder de este concepto. Es mapeable a través de propuestas topológicas, de cartografías falibles que están ancladas en una determinada perspectiva. Poner en cuestión la imagen extendida del presente y el orden histórico sobre el que esta se asienta no es equivalente a darse por vencido respecto del desafío que implica pensar el presente. Por el contrario, es un intento de abrir un camino a destiempo hacia un orden histórico que nos permita proponer una organización completamente diferente de nuestra coyuntura. Es muy importante remarcar, en este sentido, que las capturas topológicas del presente que propondré no pretenden dar cuenta definitiva, de una vez y para siempre, de la naturaleza de nuestro tiempo. Son, por el contrario, intervenciones en un campo específico de fuerzas y suponen una parte consciente de una nueva epistemología social. En efecto, lo que llamamos verdad histórica es realmente un punto de conflicto dentro de las luchas sociales y sería ingenuo de nuestra parte creer que estas ocurren en igualdad de condiciones entre los distintos agentes involucrados (más aún cuando los propios criterios de análisis y juicio forman parte de estos conceptos en pugna dentro de las luchas sociales).

Esta investigación filosófica acerca de la estructuración del tiempo histórico es inseparable de un examen concreto, basado en una aproximación multidisciplinaria, de los *modi operandi* de los tres conceptos indicados anteriormente. En cada caso, es una cuestión de resituar estas nociones dentro de un marco de trabajo que aborde las prácticas sociales, económicas y políticas que les han dado forma. Desafiando el famoso diagnóstico de Jean-François Lyotard en *La condición posmoderna* (1979), según el cual nuestra época es aquella del fin de las grandes narrativas, este trabajo busca demostrar que uno de los imaginarios históricos más potentes de nuestra actual coyuntura todavía se estructura sobre grandes esquemas de organización temporal que dotan al tiempo de un sentido y dirección precisos. No se trata simplemente de mostrar que las grandes narrativas del pasado todavía gozan de buena salud, sino de interrogar los modos en que han sido reconfiguradas en esta nueva coyuntura. Estoy particularmente interesado en el curioso destino de la lógica histórica del marxismo que fue –si adscribimos a la interpretación de Perry Anderson– la principal gran narrativa que critica Lyotard. Se vuelve particularmente urgente este análisis crítico si consideramos el modo en que hoy, al menos ciertos sectores dentro de un discurso de liberalismo con-

temporáneo han iniciado una recuperación insidiosa de una historiografía marxista vulgar que no debe ser confundida con lo que Marx mismo escribió.

En este trabajo comienzo por diseccionar esta problemática fundamental enfocándome en un concepto cuya hora de gloria corresponde al momento en el cual el neoliberalismo se alza con el poder y con el percibido, pero ciertamente relativo, declive de los discursos y prácticas marxistas: la globalización. Inventado, en un principio, con el objeto de tomar en consideración una serie de fenómenos que generalmente se consideran nuevos, así como también inevitables y todopoderosos, este concepto permitió una prodigiosa rehabilitación de tres vulgares compromisos marxistas. Para realizar una síntesis somera, sin los matices en los que me detendré más adelante, podríamos decir que esta recuperación ha desplazado el comunismo en pos de un “capitalismo popular” (Margaret Thatcher) que, al mismo tiempo, ha conservado los principios esenciales de la historiografía marxista: (i) el determinismo técnico-económico retorna indefectiblemente en la forma de un mercado –y con el avance de las tecnologías– que impone sus leyes de tal modo que nos vemos obligados a seguirlas nos guste o no; (ii) la concepción teleológica de la historia es reinventada y la totalidad del pasado se organiza entonces alrededor de una trayectoria lineal de progreso técnico-económico que se dirige a un fin único y definitivo: la llamada libertad democrática del libre comercio; (iii) la inevitable estructura de la historia reaparece en el avance supuestamente natural, e imposible de escapar de él, de las nuevas tecnologías y del orden político-económico del neoliberalismo. Esto lleva a la conclusión de que hay un espectro que acecha a la globalización, el espectro del propio marxismo que ha sido aparentemente refutado por la historia y, para ser más precisos, por la historia del así llamado capitalismo popular. La presunta muerte del marxismo luego de la caída del Muro de Berlín y el ascenso del neoliberalismo globalizado han llevado a esta persistencia fantasmática dentro del propio marco histórico que sostiene y alimenta la comprensión reinante del presente. Parafraseando la famosa paráfrasis de Marx, en una iteración que nos incita a pensar con mayor detenimiento las ingeniosas repeticiones de la historia, podríamos decir que el contradictorio mantra de la globalización es: “¡El marxismo ha muerto, que viva el marxismo!”. Esta paradoja no es, sin embargo, una simple contradicción lógica que debemos señalar o celebrar como la aporía que fisura nuestra situación contemporánea. Tiene formidables efectos concretos sobre ella en tanto impulsa la pasividad de los ciudadanos ante las fuerzas inescapables del presunto curso natural de la historia al tiempo que oscurece la responsabilidad de aquellos que construyen lo que se nos presenta como nuestro destino; se asegura, entonces, la conservación del *statu quo*. Resulta indispensable entonces recordarnos a nosotros mismos que la globalización no es un hecho innegable e inevitable ni tampoco una mera ilusión. Es una *idea-fuerza* anclada en un conjunto concreto de prácticas que participan, en mayor o menor medida, de la construcción de nuestra imagen del mundo. Este fragmento de mi investigación concluye con un esbozo de una crítica de esta

imagen del mundo que consiste en demostrar, entre otras cosas, que “el mundo” varía considerablemente según el espacio y el estrato social en el que nos situemos, ilustrado particularmente bien por los estragos y descontentos –por utilizar la expresión de Joseph Stieglitz– de la llamada globalización. También insiste en todas las grietas que han debilitado, desde hace ya un tiempo considerable, esta imagen del mundo además de todas las formas de resistencia y revolución que abundan en prácticamente todos los sitios del “mundo”.⁷

Esta primera parte inicia una reflexión crítica de los supuestos desarrollos técnico-económicos y políticos de nuestra coyuntura y resume en gran medida el propósito general de mi investigación. Las que siguen prolongan este análisis adentrándose en el cuestionamiento de la tecnología y la democracia. En principio, me concentro específicamente en tres oposiciones conceptuales que tienden a organizar una porción significativa del debate contemporáneo sobre los cambios tecnológicos que, en apariencia, definen nuestra era: discontinuidad histórica contra continuidad temporal, autonomía contra heteronomía, tecnofilia contra tecnofobia. En cada caso, me propongo romper con estas coordenadas teóricas para delinear una aproximación diferente a las tecnologías contemporáneas. En lugar de buscar, por ejemplo, el enésimo concepto de época, o de entrar en la fatigosa polémica sobre la continuidad o discontinuidad de tal o cual fenómeno social, trabajo con un orden histórico alternativo para pensar de forma diferente el estado actual de las tecnologías, sobre todo teniendo en cuenta las tres dimensiones de la historia: la dimensión vertical del tiempo, la dimensión horizontal del espacio y la dimensión estratigráfica de las prácticas sociales de cada espacio-tiempo. Esta investigación insiste, al mismo tiempo, en que la tecnología no es un fenómeno aislado o aislable y que no es, por tanto, ni heterónimo y autónomo. Se encuentra siempre entrelazado con diversas prácticas sociohistóricas. Podríamos decir incluso que no existe la tecnología en sí misma. Solo existen tecnologías situadas que se encuentran conectadas de diferentes maneras con prácticas diversas e instituciones materiales. En todo caso, debemos reconocer que no es posible juzgar la tecnología como un todo desde una perspectiva tecnofílica o tecnofóbica. Es necesario, por el contrario, y este es mi argumento, desarrollar juicios circunstanciales que presten atención a los modos en que las “tecnologías” se imbrican con un campo de fuerzas complejo y al hecho de que nos los fenómenos sociales no tienen significados unívocos y absolutos. En conclusión, la crítica de las coordenadas conceptuales de parte de este debate sobre la tecnología apunta a abrir nuevos canales para otras formas de pensarla dentro de nuestra coyuntura histórica.

La tercera y última parte de mi investigación se centra en una serie de cuestiones relacionadas con la valoración masiva de la democracia en el imaginario político dominante en la medida en que esta es tan categórica y absoluta que corre el riesgo de excluir toda examinación crítica de sus mecanismos operativos. Un

⁷ Para un resumen útil ver, por ejemplo, las primeras páginas de Pleyers, 2010.

consenso normativo se impone con tal fuerza en nuestra coyuntura que es extremadamente difícil hablar de la democracia sin asumir su valor intrínseco, o reconocerla como la única forma legítima de gobierno o como el “fin de la historia”.⁸ No es necesario aceptar la tesis demagógica de Francis Fukuyama para caer en el mismo imaginario político, como ha sido ampliamente demostrado por los numerosos críticos de este Fukuyama que se han contentado con oponer una forma de democracia a otra. Al resistir esta presión ideológica, esta investigación propone una aproximación enfocada en los modos en que la democracia se ha convertido en un concepto-valor cuya fuerza normativa tiende a subyugar su potencial descriptivo (a tal punto que los distintos gobiernos de los Estados Unidos pueden referirse a sus “amigos democráticos” cuando hablan de los regímenes más represivos de la humanidad). Esto nos permite distanciarnos del imaginario político preponderante resituando la obsesión con la democracia dentro de la larga historia de las políticas culturales. Esta parte de mi investigación se aboca, entonces, a arrojar luz sobre la contingencia histórica de la valorización del concepto de democracia que tiene, en verdad, aproximadamente 150 años de edad a pesar de sus importantes variaciones entre los distintos espacios y estratos sociales. Persiste también en demostrar el poder transformador inherente en el historicismo radical en tanto establece la base para una crítica histórica al desnaturalizar las estructuras normativas, las redes afectivas y los supuestos intelectuales de la coyuntura contemporánea. De este modo, resitúa la democratofilia dentro de una lógica triunfalista de la historia –en la que una vez más nos encontramos con las nociones de globalización y con las tecnologías contemporáneas– que se ha impuesto con una fuerza arrasadora a lo largo de los últimos treinta años. Finalmente, propone prolongar el análisis precedente a partir de dilucidar el papel verdaderamente político que desempeñan los distintos intentos de purificar lo político que lo hacen, notablemente, aislándolo de su inscripción en mundos socioeconómicos y culturales específicos. En lugar de empezar por la pregunta por el mejor modo de gobierno *en general*, una pregunta que nos lleva inevitablemente a la transfiguración de la democracia que existe actualmente en un bien absoluto que es independiente del contexto, sostengo que sería mejor interrogar la elaboración de prácticas políticas en el sentido amplio del término, es decir, la constitución colectiva de mundos compartidos de valores, representaciones, instituciones y prácticas.

En conclusión, este trabajo no corrige simplemente una imagen del presente que se juzga como falsa por medio de un develamiento de la verdad absoluta y final de nuestra época. Por el contrario, rompe con el orden histórico que subyace a una determinada comprensión del mundo contemporáneo y propone un enfoque alternativo a la cuestión de la especificidad de nuestra coyuntura. Esta contrahistoria de lo contemporáneo no solo invita al lector a cuestionar la ima-

⁸ Ver Fukuyama, 1992.

gen convencional del mundo actual como caracterizado por el triunfo definitivo de la globalización, la tecnología y la democracia. Se basa en un importante corpus crítico y en prácticas alternativas muy significativas para incitar a una profunda interrogación sobre las estructuras teóricas y las prácticas sociopolíticas y económicas que producen y favorecen esa imagen del mundo. Su objetivo es desarrollar otros órdenes históricos e imaginarios políticos que sean alternativos a aquellos que nos son impuestos. De esta manera, busca recuperar el control –como algunos ya lo han hecho en gran medida– sobre la construcción de nuestras historias y narrativas comunes y, ante todo, de los significados y direcciones históricos que adquieren.

Referencias bibliográficas

- BLUM, William (2013). *America's Deadliest Export: Democracy and the Truth about US Foreign Policy and Everything Else*. Londres: Zed.
- FUKUYAMA, Francis (1992). *The End of History and the Last Man*. Nueva York: Avon.
- GITELMAN, Lisa (2006). *Always Already New: Media, History, and the Data of Culture*. Cambridge, MA: MIT Press.
- MACHEREY, Pierre (2014). *Le sujet des normes*. París: Amsterdam.
- PLEYERS, Geoffrey (2010). *Alter-Globalization: Becoming Actors in the Global Age*. Cambridge: Polity.